

A Julio Ollero
in memoriam

«Entonces aparecieron algunos de esos hombres raros, que han quedado para siempre en la historia de la imprenta y las letras; hombres que, animados por la pasión del arte, convencidos por la noble y ciega confianza que les inspiraban sus talentos superiores, impresores de profesión que conocían profundamente la literatura y eran capaces de afrontar todas las dificultades, concibieron los proyectos más atrevidos».

DENIS DIDEROT

Carta sobre el comercio de libros

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA

COMPUESTO

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

NUEVA EDICION

CORREGIDA

POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

PARTE PRIMERA.

TOMO I.

CON SUPERIOR PERMISO:

EN MADRID

POR DON JOAQUIN IBARRA IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Y DE LA REAL ACADEMIA.

MDCCLXXX.

Portada perfecta de la edición del *Quijote* que Joaquín Ibarra realizó para la RAE en 1780, con tipos nuevos, que fueron creados por el impresor para esta edición. Incluso la tinta empleada se debió a una fórmula propia de Ibarra.

SÍSIFO EN LA ORQUESTA DEL *TITANIC*

En el mundo de la edición de libros no existe ni ha existido nunca lo inamovible. Todo avanza o retrocede, a veces consecutivamente, a veces simultáneamente. Es un mundo en movimiento. Lo excitante del oficio de editar, una práctica que en ocasiones puede ser considerada una especie de arte, es que, visto desde la perspectiva del pasado y desde la del futuro, siempre está abocado a la fragilidad, al riesgo y a la aventura. Es la edición de libros un mundo *a priori* llamado a la estabilidad, que, sin embargo, existe en la agitación permanente. Un mundo, también, en bucle, hecho de repeticiones. Como en el mito de Sísifo, que estaba condenado a subir todos los días la misma piedra por la pendiente, cada libro que se edita supone la reproducción de un mismo e inequívoco ciclo.

En los tiempos actuales, críticos y transformadores, considerados como tiempos líquidos, fluctuantes, ubicados difusamente en un gozne de la Historia en el que se advierte un cambio de dirección generalizado en cualquier ámbito económico, social y cultural, el libro está afectado por esa misma incertidumbre, incluso la proyecta.

Ello es debido a que la naturaleza del libro, además, implica ser un reflejo de la realidad. Su materia es la cultura, el pensamiento, la creación, el testimonio, el

conocimiento, la información y la narración, aunque también aborda la diversión, la ligereza y el entretenimiento. Y, por supuesto, la crítica.

No obstante, lo que es móvil es el concepto mismo de cultura. La cultura nunca es unívoca, tiende a manifestarse en la pluralidad: la hay de masas, exquisita, especializada, globalizada, localista, tradicional, innovadora, etcétera. La cultura ha devenido culturas, y estas, a su vez, han devenido substratos catalogados, clasificados, delimitados, parcelados... hasta una fragmentación reduccionista casi infinita.

Por otro lado, en torno al libro se conforma un sector profesional que puede calificarse de «veterano», es decir, experimentado en el tiempo. También podría decirse «añejo», «maduro» o, según se mire, «histórico». Es un sector intelectual, empresarial e industrial que tuvo su hegemonía en épocas pasadas —nada remotas, por cierto— y que ahora busca cómo crecer en un mundo vertiginoso e hiperconectado, saturado de globalización y de consumo hiperestésico, sin perder su bien singularizada identidad. En esta reubicación en el presente, el sector del libro es consciente de que, en un futuro muy cercano, lo que estará en entredicho será, precisamente, esa identidad.

Pese a parecer obvio que el sector del libro va hacia una inevitable evolución, la gran pregunta sigue siendo: ¿lograrán los editores y los escritores, más los derivados profesionales que los satelizan, controlar

esa evolución en un contexto, el de la comunicación y la cultura, que ha sido absorbido por el del espectáculo, la multidiversidad y la intercomunicación permanente (globalización), y que evoluciona también a marchas forzadas hacia un «darwinismo cultural» (término acuñado por la norteamericana Susan Sontag) no menos permanente y pavorosamente simplificador? Este es su gran reto de futuro: no quedar fuera de tal evolución. En definitiva, no ser la orquesta del *Titanic*. Porque tal vez, a veces, el sector del libro se percibe a sí mismo como condenado a serlo. No obstante, haciendo oídos sordos a los augurios ruidosos y a las amenazas evidentes, quizá se esté a tiempo de evitarlo.